

HUGO MIERES

Esta es la noche

Acto único

ESTA ES LA NOCHE.

PERSONAJES

JUAN CARLOS

ANGEL

HOMBRECITOS CON TÚNICAS GRISES

DIRECTOR

DOS MUCHACHOS

DIAZ GREY

ELENA

MOZO

VOZ DE MUJER EN OFF

Época actual.

ESCENA PRIMERA

(A la derecha, y en primer plano, una cama articulada donde se encuentra Juan Carlos, semi acostado, apoyado en grandes almohadones. Al costado de la cama, una mesa de luz, vacía.

La cama y la mesa de luz se hallan suspendidas en el aire a un metro de distancia del piso del escenario, e inclinadas hacia el espectador. Se verán con claridad las

cuerdas que las sostienen. En plano medio hay cajas de grandes dimensiones, apiladas desordenadamente. Muchas están abiertas, y muestran a hombres y mujeres en incómodas posiciones, aparentemente dormidos.

*Hombrecitos, con túnicas grises, se afanan en el traslado de cajas ya embaladas, que lucen franjas de diferentes colores, con las inscripciones que indican su destino: "Antecedentes", "Entrepiso"
, "Interrogatorio final".*

Un Angel viejísimo y de alas desflecadas, da indicaciones enérgicas a los Hombrecitos. Cuando la carga que le interesa que se traslade ha desaparecido del escenario, se acerca a la cama de Juan Carlos.)

JUAN CARLOS.- *(Que ha seguido asombrado todos los movimientos del Angel.)* ¿Y esto? ¿Se puede saber qué es esto?

ANGEL.- Esto es lo que ustedes los mortales, en la Tierra dan el nombre de eternidad, vida de ultratumba, más allá...

JUAN CARLOS.- ¡Noooo! ¡Existía, nomás!

ANGEL.- Y...lo estás viendo...

JUAN CARLOS.- *(Mira la mesa de luz vacía.)* Este...¿puedo fumar?

(El Angel le ofrece un cigarrillo y se lo enciende. Enciende otro y aspira el humo con fruición.)

JUAN CARLOS.- *(Aparte.)* Por ahora, vamos bien. *(Alto. Al Angel.)* ¿Y un whisky, puede ser?

ANGEL.- ¿Importado?

JUAN CARLOS.- *(Asombrado, aparte.)* ¡Seguimos bien! *(Alto.)* Si es posible...

(El Angel trae una botella de whisky, un recipiente con hielo, vasos. Sirve un vaso y se lo alcanza a Juan Carlos.)

ANGEL.- ¿Hielo?

JUAN CARLOS.- Sí, dos, por favor. Me gusta aguado.

(El Angel le sirve.)

ANGEL.-*(Sirviéndose.)* Yo lo prefiero puro.

JUAN CARLOS.- Salud. ¿Salud? Uno se acostumbra a las palabras guarangas, no? (*Levanta el vaso y bebe.*)

ANGEL.- Salud. (*Bebe.*)

JUAN CARLOS.- (*Mirando distraído el vaso.*) ¿Papel y lápiz?

ANGEL.- No, eso no.

JUAN CARLOS.- ¡Ya me parecía que había alguna trampa! ¿Así que no puedo escribir?

ANGEL.- No. ¿Para qué más?

JUAN CARLOS.- ¿Cómo para qué más? ¡Incendíé Santa María! ¡Tenía pensado reconstruirla y me quedé dormido!

ANGEL.- ¿Dormido? Yo no le daría ese nombre. En realidad, tu tiempo terminó.

JUAN CARLOS.- ¿Quién lo dice?

ANGEL.- (*Apuntando con el dedo hacia arriba*) Ordenes de arriba.

JUAN CARLOS.- (*Estallando.*) ¿Y si nos dejamos de joder y abandonamos la farsa y los lugares comunes? ¡Un ángel! ¡Lo que me faltaba! ¡Por suerte sos bastante reo... (*Piensa*) ¡Esperá, esperá! ¡Vos sos del Gabo! ¡Tengo que estar soñando! (*Lo apunta con el dedo.*) Creo, creo... ¡Ya sé! "Un hombre muy viejo con unas alas enormes". ¡De ese cuento, sos!

ANGEL.- Acertaste. ¿Te acordás que al final puedo levantar vuelo? ¡Bueno! Hasta aquí llegué.

JUAN CARLOS.- Pero no existís! ¡Sos de papel!

ANGEL.- Viviste una vida de papel, y querés un ángel de verdad? ¡Hacéme el favor!

JUAN CARLOS.- (*Piensa.*) ¿Sabés que en eso tenés razón? ¿Estoy muerto?

ANGEL.- Definitivamente.

JUAN CARLOS.- ¿Un muerto que fuma y toma whisky? ¡Ja! ¡El centro exacto de la soledad!

ANGEL.- Privilegios del lugar.

JUAN CARLOS.- ¿Qué lugar?

ANGEL.- Este lugar.

JUAN CARLOS.- ¿Pero, qué lugar es?

ANGEL.- Zona de Depósito.

JUAN CARLOS.- Una especie de aduana.

ANGEL.- Algo así.

JUAN CARLOS.- Mirá. A mí no me importa quién sos, ni dónde estoy, ni si estoy muerto. No me afligen tus alas desplumadas de ángel de opereta. Soy un escritor, y si no puedo escribir sí que estoy muerto. Necesito escribir. No sé si lo podrás entender, pero cuando un escritor es algo más que un aficionado, cuando pide a la literatura algo más que los elogios de honrados ciudadanos que son sus amigos, o de burgueses con mentalidad burguesa que lo son del arte, con mayúsculas, podrá verse obligado por la vida a hacer cualquier clase de cosa, pero seguirá escribiendo. No porque tenga un deber que cumplir consigo mismo ni una urgente defensa cultural que hacer, ni un premio ministerial para cobrar. Escribirá porque sí, porque no tendrá más remedio que hacerlo, porque es su vicio, su pasión y su desgracia. *(Grita.)* ¡Quiero papel y lápiz!

ANGEL.- *(Imperturbable.)* No podemos complacerte en eso.

JUAN CARLOS.- Entonces, no sólo estoy muerto. Ahora sé que también estoy en el infierno. Lo único que sé hacer, lo único que quiero hacer es escribir. Si me sacan eso, ¿qué me queda?

ANGEL.- El recuerdo.

JUAN CARLOS.- No me interesa recordar. No releo nunca lo que escribo.

ANGEL.- Podés recordar tu vida.

JUAN CARLOS.- Mi vida está en mis libros. Mi vida son mis libros.

ANGEL.- Una vez dijiste que si estuvieras en una isla desierta también escribirías...te contarías historias...ahora podés contármelas a mí...

JUAN CARLOS.- Esto se parece bastante a una entrevista. ¿Me estás entrevistando?

ANGEL.- No. Estoy aburrido. Aburrido de eternidad.

¿No podés entretenerme? Además, estás en Zona de Depósito. De tu comportamiento depende que se decida el lugar a dónde vas a ir a parar definitivamente. ¿Qué te parece tu niñez? Ahí tenés un tema.

JUAN CARLOS.- Mirá. Estaba empezando a intentar el sueño de olvidar y gozando de antemano del absurdo conquistado. Pero, en fin, quiero saber qué gano si cumplo con tus deseos.

ANGEL.- Si contás bien...

JUAN CARLOS.- Gané el Cervantes...¿Qué querés decir con contar bien?

ANGEL.- Que basta con que me entretengas.

JUAN CARLOS.- Parece sencillo. Pero insisto.¿ Qué gano?

ANGEL.- La posibilidad de ser trasladado a un lugar lleno de papel y lápices.

JUAN CARLOS.- Parece un buen negocio.

ANGEL.- ¿Empezás?

JUAN CARLOS.- ¿Por la niñez? Me pedís lo más difícil. Es un período siempre mentiroso en el recuerdo. Lo que el adulto reconstruye del niño que fue, son siempre piezas difuntas, inconvincentes, chirriantes. El niño inapresable termina por diluirse.

ANGEL.- Después, si querés, podés pasar a Santa María. Son muchos aquí los que quieren conocer tu obra.

JUAN CARLOS.- ¿No les llegan libros?

ANGEL.- Sabés cómo es el Correo. Siempre tarde. Lo único que alcanzamos a leer fue "El pozo". Pero ahora se levantó la censura.

JUAN CARLOS.- ¿Censura?

ANGEL.- Después de "El pozo" tus libros fueron prohibidos. Los que iban apareciendo se quemaron...accidentalmente.

JUAN CARLOS.- ¿Está Torquemada por aquí?

ANGEL.- No. Son órdenes de más arriba.

JUAN CARLOS.-¿Y se puede saber por qué me censuraron?

ANGEL.- ¿No lo adivinás?

JUAN CARLOS.- No.

ANGEL.- Por tu falta de fe.

JUAN CARLOS.- Además de mojigatos, son burros. ¿Qué bicho los picó? Si mis personajes y yo no tenemos fe, no somos peligrosos. Un hombre con fe es más peligroso que una bestia con hambre. La fe obliga a la acción, a la injusticia, al mal.

ANGEL.- No entiendo mucho de eso. No sería capaz de discutir contigo sobre ciertos temas. Lo importante, es que ahora, con tu fama, todos quieren leerte.

JUAN CARLOS.- Todos, ¿quiénes?

ANGEL.- Las Jerarquías.

JUAN CARLOS.- Ahhh...Si elijo un momento de mi infancia, ¿te conformarías?

ANGEL.- Lo que vos quieras.

JUAN CARLOS.- Necesito ayuda. No pensarás que a mi edad y en mi estado, me ponga actuar, ¿no? (*Mira a su alrededor.*) Porque esto parece un escenario...

ANGEL.- ¿Qué necesitás?

JUAN CARLOS.- Un niño de unos trece años, y un adulto.

ANGEL.-(*Gritando hacia foro.*) ¡Señor Director!

JUAN CARLOS.- ¡Qué organización!

DIRECTOR.-(*Entrando, al Angel.*) ¿Qué se te ofrece? (*Viendo a Juan Carlos.*) ¡Ohhh! (*Al Angel.*) ¿Puedo saludarlo?

ANGEL.- Sí.

DIRECTOR.- ¡Señor Juan Carlos! ¡Maestro!

JUAN CARLOS.- (*De mal humor.*) Yo no soy maestro. No enseño nada. Yo escribo. ¡Bah, escribía!

DIRECTOR.- ¡Qué inmenso honor! Leí todas sus novelas...Y creo que "Los adioses"...

ANGEL.-(*Severo.*) Ibas sólo a saludarlo...

JUAN CARLOS.- Leíste...¿aquí?

DIRECTOR.-(*Confidencial.*) Los libros prohibidos son los más seductores...Antes de que se quemem...se pueden fotocopiar, pasar a microfilm...en todas partes, hasta aquí, aparece alguien que se apena y te los cede por una noche y si se es apasionado por la lectura, hasta se pueden copiar a mano, aunque se tenga que pasar sin dormir...

ANGEL.- ¡Yo no estoy oyendo nada, ¿eh?

DIRECTOR.- (*A Juan Carlos, en voz baja.*) Me necesitan...entonces, puedo conseguir ciertos favores...

ANGEL.-(*Señalando a Juan Carlos.*) El señor te necesita.

DIRECTOR.-(*A Juan Carlos.*) Estoy a sus órdenes.

JUAN CARLOS.- Necesito un muchacho de unos trece años, digamos. Vos podés hacer el papel del Padre.

DIRECTOR.- No hay problema. (*Mutis, foro.*)

ANGEL.- ¡Es un impertinente!

JUAN CARLOS.- A mí no me pareció.

DIRECTOR.- (*Volviendo desde foro con un muchacho. A Juan Carlos.*) ¿Este le parece bien?

JUAN CARLOS.-(*Mirando al Muchacho.*) El niño tiene que ser más flaco. Mucho más.

DIRECTOR.- Está bien. (*Al Muchacho.*) Andá hasta el depósito y le decís a tu amigo que venga. (*El Muchacho sale y vuelve enseguida acompañado por otro de similar edad.*)

DIRECTOR.- ¿Le parece bien éste?

JUAN CARLOS.- Este está bien. ¿Pueden maquillarlo? Está un poco pálido...

DIRECTOR.- No hay problema. Es que recién llegó, ¿sabe? No se ha adaptado bien, todavía.

JUAN CARLOS.- Mejor. Yo no era un ángel. Un aire de la Tierra va a sentarle bien, aunque no pueda disimularse del todo ese vientito difunto que le sopla en la cara...

(El Director, con manotazos desprolijos, pasa crema base por el rostro del Muchacho, mientras hace señas al otro de que se retire. El Muchacho obedece.)

JUAN CARLOS.- Suficiente. Gracias. *(Al Angel.)* Ahora tengo que escribir el libreto.

ANGEL.- ¡Ah, no! Trampitas, no, ¿eh?

JUAN CARLOS.- Está bien. *(Al Director y al Muchacho.)* Vengan. Van a tener que recurrir a la buena memoria. *(El Director y el Muchacho rodean a Juan Carlos, y cuchichean. El Angel se mantiene aparte, con los brazos cruzados.)*

JUAN CARLOS.- ¿Entendieron todo?

EL DIRECTOR Y EL MUCHACHO.- Sí.

JUAN CARLOS.- Adelante, entonces. *(Al Angel.)* ¿Puede dejar espacio?

(El Angel se aparta hacia un costado.)

JUAN CARLOS.- Así está bien. Empiecen.

Apagón.

ESCENA SEGUNDA

Cuando las luces se encienden nuevamente, el Angel está junto a la cama de Juan Carlos, tomando whisky y fumando. Sobre unas bolsas, en primer plano, el Muchacho está acostado, con la cabeza apoyada sobre las manos y mirando abstraído hacia la platea. A su lado hay un portafolios destartado. El Director, que encarnará el papel del Padre, entra por foro y al ver al Muchacho, se detiene de golpe, sorprendido. Llega hasta él y lo toca levemente con el pie.)

EL DIRECTOR.- Juan...

(El Muchacho sigue en la misma actitud sin atender el llamado. El Director vuelve a tocarlo.)

EL DIRECTOR. ¡Juan!

MUCHACHO.- *(Se levanta de un salto y toma el portafolios.)* ¡Papá!

EL DIRECTOR.- ¿No tenías que estar en el liceo, vos?

MUCHACHO.- Sí. *(Agacha la cabeza y esconde el portafolios en la espalda.)*

EL DIRECTOR.-¿Y qué hacías aquí? ¿Te hiciste la rabona?

MUCHACHO.- La de Dibujo me aburre, papá. Estaba mirando los barcos. (*EL Director mira hacia la platea y señala con la mano.*)

EL DIRECTOR.- ¿Ves aquel barco rojo tan chato? Es un petrolero.

MUCHACHO.- (*Señalando a su vez.*) Y aquel otro gris, es un barco de guerra. Bastante viejo, ¿no?

EL DIRECTOR.- Sí. Ya era viejo cuando el gobierno lo compró. Se especializa en eso. En comprar como nuevo lo que a otros no les sirve. (*Pausa. Mira al Muchacho.*) Decíme, ¿no vas más al liceo?

MUCHACHO.- Voy. Pero hoy no tenía ganas. Quería ver los barcos.

EL DIRECTOR.- Vení. (*Lo toma de la mano y salen.*)

Apagón.

ESCENA TERCERA

(*Las luces se encienden ahora sobre un bar. El Padre y el Muchacho están sentados a una mesa. Junto a ellos, un Mozo espera el pedido.*)

EL DIRECTOR.- Dos vermut, por favor.

MOZO.- (*Mirando al Muchacho.*) ¿Dos?

EL DIRECTOR.- Dos.

(*El mozo se retira y vuelve con el pedido. Sirve y desaparece. El Muchacho mira asombrado su vaso.*)

MUCHACHO.- ¿Es para mí?

EL DIRECTOR.- ¿Hay algún otro hombre en la mesa aparte de nosotros dos?

MUCHACHO.- No.

EL DIRECTOR.- Salud, entonces. (*Mientras bebe, observa al Muchacho que toma el vaso, mira furtivamente al Director y bebe.*)

MUCHACHO.- Salud.

EL DIRECTOR.- Parece que llegaste a la edad en que estás dispuesto a tomar tus propias decisiones. Parece que ya sos un hombre, Juan. Brindemos.

MUCHACHO.- ¿Por qué?

EL DIRECTOR.- Por los barcos. Por los barcos que se van.

MUCHACHO.-(*Levanta su vaso.*) Por mi padre y por los barcos. (*Beben.*)

Apagón. (Se enciende la luz sobre la cama de Juan Carlos. Está solo.)

JUAN CARLOS.- Tenía trece años... La ternura de hombre a hombre, comprendo, debe ser velada. Mientras mi madre nos mira, yo miro a mi padre. Yo vengo de él, de ese cuerpo, de ese andar, de las cosas en que cree, del movimiento con que se mete las manos en los bolsillos del pantalón y se acaricia, sopesa, la barriga. Ya no encuentro un gesto de conmovida, reflexiva idiotez para mi cara; cambio la posición de las piernas y me pongo a enredar los dedos en los flecos de la carpeta... (*La luz cambia.*)

ESCENA CUARTA

(Se escucha una música militar. Juan Carlos se encoge y se abraza las piernas con las manos, haciéndose un ovillo contra los almohadones. La música cesa.)

JUAN CARLOS.- Sí, esa etapa de mi vida fue embromada. Estás ahí, con decenas de personas, con soldaditos custodiando las puertas, querés leer, y no podés. Pensás en que escribir puede liberarte, pero escribir tampoco podés...como aquí. Algunos libros dejaban entrar, sí...yo siempre estaba con un libro en la mano, pero pasaba horas clavado en la misma página...Aquello no era Santa María...estabas preso por haber integrado un Tribunal que premió un cuento calificado como pornográfico, el cuento de Marra...(*Evoca.*) "Publicación pornográfica. Cinco detenidos."

Todo aquello no estaba en mi cabeza, estaba afuera, aunque se iba pareciendo cada vez más al ensueño o a la pesadilla. Entonces repetí: "Esta es la noche, quien no pudo sentirla así no la conoce. Todo en la vida es mierda y ahora estamos ciegos en la noche, atentos y sin comprender."(*Pausa.*) Después le dije a Mercedes: esto es del Quijote, Mercedes, del capítulo veinte. Esto es aquello. El miedo y la mierda, lo que da miedo y está lleno de olor a podrido...

ANGEL.-(*Queriendo distraerlo.*) En "La vida breve", nació Santa María. "Santa María"...Nos hiciste un gran honor, con ese nombre.

JUAN CARLOS.- ¿Un gran honor? ¿A ustedes?

ANGEL.-A la Virgen.

JUAN CARLOS.- A la Muchacha, a la muchacha. Eso inapresable. Ese cuarto o quinto sexo que llamamos una muchacha... Lo que todo tipo normal busca, inventa, encuentra, o le hacen creer que encontró. No la que comprende, protege, mimas, ayuda, endereza, corrige, mejora, apoya, aconseja, dirige y administra. Nada de eso, gracias.(*Pausa.*) Pero creo haberte oído decir que no habías leído nada...

ANGEL.- Bueno...todo el mundo es curioso, ¿no? ¿Es Montevideo? ¿Santa María es Montevideo?

JUAN CARLOS.- Santa María es Santa María. Y tal vez nació para hacer menos dolorosa mi nostalgia de Montevideo. Si Santa María fuera una ciudad real, yo no tendría más remedio que crear una ciudad melancólica con mar y viento a la que llamaría "Montevideo".

ANGEL.- Pero no volviste nunca...muchos te esperaron. Miles. Te esperaron tanto tiempo...

JUAN CARLOS.- Para mí Montevideo ya era una ciudad fantasma. Para qué habría ido? ¿Para ver la miseria y la indiferencia? ¿Personas que no me interesan? Estuve en Buenos Aires y después en Madrid. Lo que tiene de bueno estar en esas ciudades, es que uno no conoce a nadie. (*Piensa.*) Lo que tiene de malo estar en esas ciudades es que uno no conoce a nadie...

ANGEL.- Lo que estás diciendo se parece a la nostalgia.

JUAN CARLOS.- Nostalgia, no. Nostalgia es un término que indica algo de intensidad, como la saudade, y volver allá sería como volver a mi vida, pero con cincuenta años más, y eso no sirve para nada. Como decía Neruda, nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos; ni nosotros, ni las mujeres que me siempre me interesaron enormemente. Y no quiero ver viejos.

Otros volvieron, sí. Los que no encontraron un pedazo de tierra donde lo abandonaron todo, regresaron. Estos protestan, explican, se quejan, desprecian. Sabemos que mascarán con placer el fracaso y las embellecidas memorias

falsificadas por necesidad, sin intención. Sabemos que volvieron para quedarse y otra vez seguir viviendo. De modo que la clave para un narrador amable y patriótico tiene que ser la incompreensión ajena e incomprensible, la mala suerte, también ajena, igualmente incomprensible. Pero vuelven, lloran, se revuelven, se acomodan y se quedan. Yo no. Yo no vuelvo. Ahora en Montevideo está lloviendo.

ANGEL.- ¿Querés contar algo de Santa María?

JUAN CARLOS.- Es fácil dibujar un mapa y un plano de Santa María, además de darle nombre; pero hay que poner una luz especial en cada casa de negocio, en cada zaguán y en cada esquina. Hay que dar una forma especial a las nubes bajas que derivan sobre el campanario de la iglesia y las azoteas con balaustradas cremas y rosas; hay que repartir mobiliarios disgustantes, hay que aceptar lo que se odia, hay que acarrear gente, de no se sabe dónde, para que habiten, ensucien, conmuevan, sean felices y malgasten. Y, en el juego, tengo que darles cuerpos, necesidades de amor y dinero, ambiciones disímiles y coincidentes, una fe nunca examinada en la inmortalidad y en el merecimiento de la inmortalidad; tengo que darles capacidad de olvido, entrañas y rostros inconfundibles...

ANGEL.- Como el Señor...

JUAN CARLOS.- Sí, somos colegas, con tu señor...Con la misma arbitrariedad, puedo matar a un hombre, a una criatura que es mía en la tercera página, por ejemplo. La diferencia radica en que el pobre tipo en el caso de tu Señor, murió y punto. Sin explicación. O con la explicación de que se trata de los inmarcesibles designios de tu Señor. Yo no soy tan metafísico. Si mato a alguien es porque era el momento en que tenía que hacer mutis. O porque no funciona, no me suena. Porque ningún lector creería en ese personaje. ¿Querés ver cómo se hace? Cerrá los ojos. *(El Angel cierra los ojos.)*

ESCENA QUINTA

(Se produce un apagón y se escucha primero la voz de Juan Carlos. Cuando las luces se enciendan, la escena representará ahora el Consultorio de Díaz Grey.)

El médico se encuentra mirando por la ventana.

JUAN CARLOS.- Ahora la ciudad es mía, junto con el río y la balsa que atraca en la siesta. ahí está el médico con la frente apoyada en la ventana; *(Las luces se encienden débilmente.)* el pelo rubio, escaso, las curvas de la boca trabajadas por el tiempo y el hastío; mira un mediodía que nunca podrá tener fecha, sin sospechar que en un momento cualquiera, yo pondré contra la borda de la balsa a una mujer que lleva ya, inquieta, entre su piel y la tela del vestido, una cadenilla que sostiene un medallón de oro, un tipo de alhaja que ya nadie fabrica ni compra. El medallón tiene diminutas uñas en forma de hoja que sujetan el vidrio sobre la fotografía de un hombre joven, con la boca gruesa y cerrada, con ojos claros que se prolongan brillando en las sienas. Ahí está el médico con la cara apoyada en una ventana. Pronto entrará Elena Sala...

ESCENA SEXTA

DÍAZ GREY.- Por favor, un minuto. *(Se inclina sobre el escritorio sin mirarla, y hace anotaciones.)*

ELENA.- *Estoy aquí, al lado, en el hotel. Tal vez haya hecho bien en venir. Pero es probable que usted se burle de mí...*

DÍAZ GREY.- *¿Por qué? De todos modos, aunque se trate de una sospecha equivocada... Usted pensó que debía consultar a un médico.*

ELENA.- *Si, esto empezó en el viaje. Bueno, yo había sentido lo mismo antes, hace tiempo, algunas veces. Pero nunca tan fuerte como ahora. Soy muy valiente o no me preocupo con facilidad. En todo caso, consultar a un médico es como aceptar que estamos enfermos, autorizar a la enfermedad a instalarse y progresar.*

DIAZ GREY.- *Si fuera tan simple...¿Por qué no se sienta y me explica todo?*

ELENA.- *(Se sienta frente al médico.) Tiene razón. No quiero quitarle tiempo...Es el corazón, nervios, probablemente. A veces creo que se acabó, pienso que deja de marchar. Tengo que saltar de la cama y me pongo a sacudir*

la cabeza, a decir que no. O es al revés: me despierto y veo que estoy sentada en la cama, con la boca abierta para respirar, con miedo de quedarme muerta.

DIAZ GREY.- ¿Ahogos?

ELENA.- Ahogos, no. Siento que el corazón va a dejar de marchar.

DIAZ GREY.- ¿Fatiga?

ELENA.- ¿Fatiga? Tampoco. Siento, estoy segura de que el corazón va a detenerse. A veces me paso un día entero esperando a cada momento morirme. Hay otros períodos, semanas, en que no me molesta. Casi me olvido. Pero ahora, con el viaje, desde que salí de Buenos Aires...No pude dormir en toda la noche. Hace dos días que estoy en el hotel y me siento peor. Salí a pasear, vi su chapa y se me ocurrió entrar; me decidí, por fin.

DIAZ GREY.- (Sonriendo con aire tranquilizador.) Ni ahogos ni fatiga. Creo que no es nada, pero enseguida podemos asegurarnos. Si quiere quitarse la ropa. (Alza un brazo señalando un biombo. Elena va hacia él.)

DIAZ GREY.- (Aparte.) ¿Habrá venido en la balsa? No, seguramente hizo el rodeo en automóvil, por el norte. ¿Estará sola en el hotel?

(Elena sale del biombo con el torso desnudo y vuelve a ocupar el lugar anterior. Díaz Grey va hacia la mesa a buscar el estetoscopio y siente que la mujer se aleja nuevamente hacia el biombo.)

DIAZ GREY.- (Aparte.) ¿Un repentino ataque de pudor? ¿Con ese cuerpo y esa cara?

ELENA.- Voy a pedirle perdón. Usted estará pensando...vi que tiene mucho trabajo.

DIAZ GREY.- No, no mucho. ¿Qué le pasó?

ELENA.- Nada. Tuve vergüenza. Pero no de que me viera desnuda. Era una farsa; no sé cómo se me ocurrió ésta, tan estúpida, tan grosera, tan increíble; pensé en el ridículo de que usted creyera que quise seducirlo desnudándome.

DIAZ GREY.- Es absurdo. (Aparte.) Ojalá no hubiera venido. Ojalá yo no la hubiera conocido nunca. Ahora sé que tuve miedo desde el primer momento,

comprendo que voy a llegar a necesitarla y que estaré dispuesto a pagar cualquier precio. Y ella lo supo desde la primera mirada, esta seguridad estaba dentro de ella aun antes de que realmente lo supiera. (Alto.) Es absurdo. Para mí, el ridículo es una sensación muerta. Por lo menos, desde las nueve de la mañana hasta mediodía y, por la tarde, de tres a seis. Y fuera de esas horas, solo siento el ridículo cuando pienso en mí.

ELENA.- No estoy apurada. Siga hablando. (Saca un cigarrillo de una cigarrera y se pone a fumar.)

DIAZ GREY.- No quiero aburrirla ni retenerla. Usted no sabe lo que puede ser para mí encontrar de pronto a una persona con la que se siente que es posible hablar. Aunque resulte, casi siempre, que no tengo nada que decir ni un gran interés por escuchar. (Se levanta, desatándose la túnica y camina hacia una ventana. Desde allí se vuelve hacia la mujer.) Usted habló de una farsa y de una mentira.

ELENA.- Sí. Tengo que decírselo. Todo eso que le dije del corazón es lo que cuenta mi marido. Lo que le sucede a él. Va a llegar de Buenos Aires antes de fin de semana y entonces usted podrá examinarlo. Llevé demasiado lejos el juego, porque me divertía, y me desnudé. Enseguida se me ocurrió lo que iba a pensar usted cuando supiera que estaba mintiendo. Me dio vergüenza. la idea de que me iba a encontrar imbécil... Cuando decidí venir a Santa María, sabía que usted estaba aquí y que yo iba a conocerlo. No sabía casi nada de usted; lo vi una tarde en el bar del hotel, el domingo. No vaya a enojarse: no sé por qué se lo digo. Podría callarme.

DIAZ GREY.- No voy a enojarme. Dígalo. Es mejor que lo diga.

ELENA.- No se enoje. Pensé en un médico de pueblo. ¿Entiende? Sulfamida, lavajes, purgantes, algún aborto. Socio del club, de la comisión de la escuela, amigo del boticario, del juez, del jefe de policía. Una novia, tal vez maestra, desde hace años Si acierto en algo, le pido perdón. La manera de caminar, la ropa que usa, todo eso, ¿entiende? Pero cuando estuve aquí supe de golpe que

estaba equivocada. Usted no dijo una palabra. Lo miré en los ojos, nada más, y supe que estaba equivocada. Entonces tuve vergüenza, y enseguida vergüenza de tenerla. Medicucho, pensé. Y fui a desnudarme al rincón. Después le vi la cara, las manos, oí su voz y me di cuenta de que era posible, tuve miedo de que usted se burlara de mí.

DIAZ GREY.- Creo comprender. Está bien. Pero, ¿cuál es la farsa?

ELENA.- Vine a verlo por consejo de Quinteros.

DIAZ GREY.- ¿Quinteros?

ELENA.- Un médico. Es amigo suyo. Nos dijo que era amigo suyo desde la Facultad.

DIAZ GREY.- Sí, recuerdo.

ELENA.- Y que, cuando usted estaba en Buenos Aires, habían atendido juntos a algunos enfermos.

DIAZ GREY.- Es cierto. Quinteros. ¿Está siempre en Buenos Aires?

ELENA.- No está en Buenos Aires. Se fue a Chile. Iban a llevarlo preso.

DIAZ GREY.- Quinteros...

ELENA.- Necesito una receta. O mejor una inyección y una receta.

DIAZ GREY.- Sí, ¿qué?

ELENA.- Morfina. Puede darme también una receta. O venderme, si tiene.

DIAZ GREY.- Sí.

ELENA.- Hace mucho tiempo que mi marido y yo nos tratamos con Quinteros. Intoxicación, desintoxicación, como quiera.

DIAZ GREY.- ¿No le dio Quinteros una carta para mí?

ELENA.- Se fue a Chile sin avisarnos.

DIAZ GREY.- ¿Y si yo le dijera que no puedo, simplemente bajo su palabra?

ELENA.- ¡Por Dios, por Dios!

El médico se pasea algunos segundos.

DIAZ GREY.- Quinientos pesos por la consulta. No fue culpa mía. Y mil pesos por receta. Por cada dos ampollas. No pienso darle ninguna inyección.

ELENA.- *Hágala por cuatro.*

DIAZ GREY.- *Por cuatro. Pero ahora se me ocurre cobrarle mil pesos por ampolla. No tengo interés en atenderla. ¿Le conviene?*

ELENA.- *Mil por ampolla.*

DIAZ GREY.- *Mil. (Escribe la receta en un talonario y se la acerca.) En total, cuatro mil quinientos pesos. Para que piense que hace un mal negocio y no vuelva más. (Elena la mira, la guarda en el bolsillo y extrae billetes de quinientos pesos, dejándoles caer sobre el escritorio.)*

Apagón

ESCENA SEPTIMA

ANGEL.-*(Se ha sentado a los pies de la cama y mira a Juan Carlos con atención.) ¿Y las otras mujeres? Elena Sala no fue la única mujer de tus ficciones ni de tu vida...Hubo una que hasta te escribió poemas...*

(Se escucha en off, la voz de una mujer.)

Ya no será

ya no

no viviremos juntos

no criaré a tu hijo

no coseré tu ropa

no te tendré de noche

no te besaré al irme

nunca sabrás quién fui

por qué me amaron otros.

No llegaré a saber

por qué ni cómo nunca

ni si era de verdad

lo que dijiste que era

ni quién fuiste

ni qué fui para ti

ni cómo hubiera sido
vivir juntos
querernos
esperarnos
estar.

Ya no soy más que yo
para siempre y tú
ya
no serás para mí
más que tú. Ya no estás
en un día futuro.

No sabré
dónde vives
con quién
ni si te acuerdas.

No me abrazarás nunca
como esa noche
nunca.

No volveré a tocarte.

No te veré morir.

JUAN CARLOS.- Escribí una vez que la inteligencia de las mujeres termina de crecer a los veinte o veinticinco años. No sé nada de la inteligencia de las mujeres y tampoco me interesa. Pero el espíritu de las muchachas muere a esa edad, más o menos. Pero muere siempre; terminan siendo todas iguales, con un sentido práctico hediondo, con sus necesidades materiales y un deseo ciego de parir un hijo...

ANGEL.- ¿De verdad creés eso?

JUAN CARLOS.- Yo escribí eso. Pero no fui yo quien lo dijo. No te confundas. Fue Eladio Linacero, el protagonista de "El pozo". Pero sí, lo creo.

ANGEL.- ¿Eladio Linacero no es Juan Carlos?

JUAN CARLOS.- No. El tiene su vida, yo la mía. Y nos respetamos.

ANGEL.- Hay demasiadas coincidencias, no podrás negarlo.

JUAN CARLOS.- Son sólo eso. Coincidencias.

ANGEL.- "No te veré morir..." Hay dolor, ¿no?...hiciste doler mucho a tus mujeres, Juan Carlos.

JUAN CARLOS.- En todo caso, yo también estuve tan triste como ellas...La vida es dolor. O una mezcla de imprecisiones, cobardías, mentiras difusas, no por fuerza siempre intencionadas. La vida duele. Yo no tengo la culpa. También hice feliz a alguna, creo.

ANGEL.- ¿Al perro?

JUAN CARLOS.- Al perro.

ANGEL.- Al "ignorado perro de la dicha".

JUAN CARLOS.- Sí.

(Se escucha un sonido agudo que crece en intensidad por unos segundos.)

ANGEL.- Bueno, es el trabajo. Me he demorado demasiado y me están llamando la atención. Tampoco aquí se vive si no se trabaja. Mirá, Díaz Grey, Juan Carlos, Onetti, Eladio Linacero o Junta... Vas a poder descansar...

JUAN CARLOS.- No estoy cansado. Quiero escribir.

ANGEL.- No. No escribirás más. Ya es suficiente.

JUAN CARLOS.-¿ No?

ANGEL.- No. Pero te vamos a otorgar un privilegio. Invisible, podrás asomarte por sobre el hombro de tus lectores y releer lo que escribiste. Podrás llegar a murmurarles algo, no sé, alguna cosa, una o dos palabras. Tu destino será el de una eterna muerte y una eterna resurrección. Estarás muerto en esa tumba de tinta y de papel, mientras tus libros se mantengan cerrados, pero volverás a vivir cada vez que alguien haga resonar en sus oídos o en su boca palabras como éstas:

“Hace rato me estaba paseando por el cuarto y se me ocurrió de golpe que lo veía por primera vez...O "-Mundo loco- dijo una vez más la mujer, como remedando, como si lo tradujese..."

Y ahora, Juan Carlos, sonríe en paz, abre la boca, haz chocar los dientes y muerde suavemente la noche. Ya todo es inútil y hay que tener por lo menos el valor de no usar pretextos. Estás tirado en la cama y el tiempo ya no pasa, ya es inútil esperar el cuerpo húmedo de la muchacha en la vieja cabaña del bosque. Has terminado tu cigarrillo y la noche te arrastra inexorable, entre sus aguas, noche abajo. Adiós, Juan Carlos. Te veo en Santa María. *(Inicia el mutis.)*

JUAN CARLOS.- ¡Esperá! ¡Esperá!

ANGEL.- ¿Qué? Ya te dije que se terminó tu tiempo.

JUAN CARLOS.- Un solo pedido más. En estos casos, es lo usual hacer tres. Yo sólo voy a llegar a dos.

ANGEL.- ¿Y el whisky y los cigarrillos?

JUAN CARLOS .- ¡Estoy hablando en serio! ¡Me la estoy jugando, che!

ANGEL.- Está bien. ¿Cuál es tu deseo?

JUAN CARLOS.- Quiero estar solo.

ANGEL.- ¿Sin trampas?

JUAN CARLOS.- Sin trampas.

ANGEL.- Cinco minutos. *(Mira su reloj pulsera, y sale.)*

JUAN CARLOS.-*(Después de verificar que el Angel ha desaparecido.)* ¡Lo único que me puede salvar es escribir! ¡Tengo que escribir! Pero, ¿con qué? *(Piensa.)* ¡La sangre! ¡La sangre!

(Busca un filo de la cama y se hace un corte en la mano. Deja que la sangre fluya hacia el dedo índice y escribe en la sábana:

"...entonces, inventé que había muerto y que me había encontrado con un ángel borracho de García Márquez..."

ANGEL.- *(Entrando.)* Tu tiempo...

(Juan Carlos le está mostrando la sábana como precioso trofeo. Cuando el Angel ve lo escrito, empieza a retroceder.)

JUAN CARLOS.- ¡Ahora me pertenecés! Vos y tu Señora, la Dama Boba, la Señora Muerte, la Toda, están en mi última novela. ¡Los tacho y desaparecen! ¡Adiós! ¡Dejáme en paz! ¡Yo escribo solo!

(El Angel sale. Juan Carlos sigue afanosamente escribiendo. La sangre empapa la sábana, y escribe con gran esfuerzo, desfalleciente. De pronto se detiene y se dirige a los espectadores.)

JUAN CARLOS.- Otra vez cae la mano que alzaba hasta tu hombro tu mejilla, tu labio pesado y mustio. Porque quería contarte que han pasado cosas, tantas cosas en la vida y que, sin embargo, nada, nunca pasa nada...Yo soy un hombre solo...

(Mientras Juan Carlos continúa diciendo las palabras de Eladio Linacero con un tono cada vez más bajo, las luces se apagan lentamente. Se enciende la pared del foro donde los hombrecitos terminan de colocar etiquetas sobre las cajas. Una luz cenital da sobre Juan Carlos. De la parrilla descende una gran caja que lo cubre. El Director se acerca a él y cruza la caja con una etiqueta que dice “Santa María.”

Apagón.

Nota importante: El poema que se transcribe pertenece a Idea Vilariño y hay fragmentos que se han tomado literalmente de “El pozo” y de “La vida breve”.